



Austral Intrépida

CAPÍTULO 1

Las dos espadas

Desde que el malvado rey Vortiger invitó por vez primera a los sajones¹ a establecerse en Gran Bretaña para que le ayudaran en sus luchas contra los pictos² y los escotos,³ la isla no volvió a conocer largos periodos de paz. Densos bosques cubrían amplias extensiones del país, pero también había grandes zonas de campo abierto salpicadas de pueblos y ciudades, fincas y casas de campo, tal y como las habían dejado los romanos poco tiempo antes. Cuando los sajones vieron estas riquezas, ya no se resignaron a volver a sus tierras salvajes e incultas de Dinamarca y Alemania. Año tras año, nuevas oleadas de

1. Los sajones fueron un pueblo germánico que llegó a Inglaterra en el siglo v.

2. Los pictos fueron un grupo de tribus que vivieron en Escocia en la Edad Antigua y hasta la Baja Edad Media.

3. Los escotos fueron una tribu celta que provenía de Irlanda y que se extendió por Britania y Escocia, dando nombre al país.

invasores se deslizaban con sigilo en sus largos barcos sobre las olas del Mar del Norte para matar a los britanos⁴ o expulsarlos de sus casas.

Vortiger había muerto, y también Aurelio Ambrosio, el último de los romanos. Entonces Uter Pendragón, a quien algunos llaman hermano de Ambrosio, se convirtió en caudillo de los britanos. Derrotó a los sajones en muchas batallas y trajo la paz a los territorios sobre los que reinaba en el sur de la isla de Bretaña: a Londres, y a Winchester, que entonces se llamaba Camelot, y a Cornualles, donde Gorlois, su leal vasallo,⁵ era duque. Mas Uter se vino a enamorar de la mujer de Gorlois, la hermosa Igraine, y hubo desavenencia entre los dos nobles, hasta que murió Gorlois, y Uter se casó con su viuda.

Uter la visitó por primera vez en el castillo encantado de Tintagel, la tenebrosa fortaleza que se erigía en la costa de Cornualles, y Merlín fue testigo de este amor. Un hijo nació de la unión de Uter e Igraine, aunque de lo que sucediera con este niño sólo el mago Merlín podía dar noticia, pues fue él quien, en lo más cerrado de la noche, se llevó al recién nacido por un pasadizo secreto que se descolgaba por el acantilado; y nadie más había que supiera dar noticia del destino de aquel infante.

4. Britanos se llama a los pueblos celtas que habitaban Britania, en la Edad Antigua y hasta la Baja Edad Media.

5. Un vasallo es aquel que tiene una relación de fidelidad y dependencia con su señor.

Uter no tuvo más descendencia, aunque Igraine había tenido de Gorlois otras tres hijas. Dos de ellas ya eran mayores cuando Igraine se convirtió en reina, y estaban casadas: Morgawse con Lot, rey de Orkney, y Elaine con Nantres, rey de Garlot. Las dos tuvieron hijos que en su día se contaron entre los más animosos caballeros de la Tabla Redonda. Pero la tercera, el hada Morgana, tan sólo era una niña cuando murió su padre, y fue enviada a un convento de monjas para su educación. A pesar de ello, por diferentes medios aprendió artes mágicas, que cuando fue mayor utilizó para sus fines perversos.

El rey Uter Pendragón sólo disfrutó de un breve periodo de felicidad junto a la bella Igraine, pues los sajones pronto volvieron a mover guerra contra él enviándole esta vez un traidor como sirviente, el cual envenenó al rey y a muchos de sus vasallos.

Después se sucedieron los días más funestos y miserables que hubieran conocido esas tierras. Los caballeros del rey Uter lucharon entre ellos por el derecho a ceñir la corona; y los sajones, al percatarse de la falta de un caudillo que uniera tras de sí a los britanos, avanzaron más y más en su conquista de Bretaña.

Siguieron años de miseria y desasosiego, hasta que llegó la hora señalada. Entonces Merlín, el buen encantador, emergió de los valles profundos y misteriosos del norte de Gales, región que en aquellos días se conocía como Gwynedd, cruzó Powys, o sur de Gales, y recorrió el camino que le separaba de Londres. Y tan grande era

su fama que ni sajones ni britanos se atrevieron a estorbarle la marcha.

Merlín llegó a Londres y habló con el arzobispo, y de mutuo acuerdo convocaron una gran reunión de caballeros para el día de Navidad. Tantos fueron los congregados que no había sitio para todos ellos en la iglesia de la abadía, de forma que muchos tuvieron que seguir los oficios desde el patio de la iglesia.

En mitad del servicio se elevó de repente un murmullo de admiración fuera de la abadía, pues en el patio se pudo ver —aunque nadie advirtiera su llegada— una gran losa cuadrada de mármol, y sobre ella, un yunque⁶ de hierro, y clavada en el yunque, con la punta profundamente hundida en él, una gran espada de resplandeciente acero.

—Que nadie se mueva hasta que termine la Misa —ordenó el obispo cuando tuvo noticia de aquel prodigio—. Mas encomendémonos a Dios con redobladas energías para que nos ayude a encontrar el camino entre los terribles males que asolan nuestra tierra.

Cuando acabó la liturgia, el arzobispo y los señores y caballeros que estaban en la abadía salieron a ver aquella espada maravillosa. En torno al yunque, en el mármol, vieron letras grabadas en oro puro que decían:

6. Un yunque es una herramienta de herrería que consiste en un bloque de hierro apuntado en los dos extremos. Sobre su superficie se trabajan los metales.

EL QUE SACARE ESTA ESPADA DE LA PIEDRA
Y DEL YUNQUE ES EL REY LEGÍTIMO DE TODA
BRETaña.

Al leer este mensaje, muchos trataron de extraer la espada, pero ni uno consiguió aflojarla ni siquiera el grosor de un cabello.

—No está el rey entre los aquí reunidos —dijo el arzobispo—, pero no dudéis de que Dios nos ha de enviar un nuevo monarca. Que se despachen mensajeros por todo el país, que se sepa lo que está escrito en esta piedra. El día de Año Nuevo celebraremos un gran torneo y entonces sabremos si nuestro rey se encuentra entre los que vienen a las justas.⁷ Hasta entonces, es mi consejo que elijamos diez caballeros para guardar la espada, y que sobre ella erijamos un rico pabellón que la proteja.

Así se hizo, y el día de Año Nuevo se reunió una gran multitud de caballeros. Pero ninguno fue capaz de arrancar la espada de la piedra. Entonces se apartaron un poco de allí, y levantaron tiendas, y celebraron un torneo o batalla fingida en el que midieron sus fuerzas y su habilidad con la lanza de madera o con la espada ancha.

Y sucedió que entre los que vinieron al torneo estaba el buen caballero sir Héctor, y su hijo Kay, que hacía pocos meses que había sido armado caballero; y con ellos venía Arturo, el hermano pequeño de sir Kay, un joven muchacho de apenas dieciséis años.

7. Una justa es una batalla entre dos caballeros montados y con lanza; el objetivo es derribar al otro del caballo.

Mientras cabalgaba hacia las justas, sir Kay advirtió de repente que se había dejado la espada en sus aposentos, y le pidió a su hermano Arturo que se la trajera.

—En seguida —respondió el joven Arturo, siempre dispuesto a hacer lo que fuera por los demás, con lo que volvió al galope a la ciudad. Pero la madre de sir Kay había echado la llave a la puerta para ir ella también al torneo, así que Arturo se vio imposibilitado de entrar en la casa.

«Mi hermano necesita una espada —pensaba Arturo mientras volvía lentamente, preocupado sobremanera por su hermano—. Sería una gran vergüenza y motivo de crueles chanzas el que un caballero tan joven viniera a las justas sin espada. Pero ¿dónde le puedo encontrar una?... ¡Ya lo tengo! Había una clavada en un yunque en el patio de la iglesia. La cogeré: allí no vale para nada.»

Así que Arturo espoleó⁸ su montura y se presentó en la iglesia. Ató el caballo al riel y corrió a la tienda que había levantada sobre la piedra, y se encontró que los diez caballeros que tenían encomendada su guarda también habían ido al torneo. Sin pararse a leer lo que ponía en la piedra, Arturo sacó la espada sin ningún esfuerzo, corrió hasta su caballo y, en un instante, estuvo junto a sir Kay, a quien entregó el arma.

8. La espuela es una pieza de metal que se ata al talón de la bota y que, cabalgando, sirve para acelerar el ritmo del caballo. Espolear es la acción de dar un toque con las espuelas.

Arturo desconocía el significado de ese acero, pero Kay, que poco antes había intentado arrancarlo del yunque, lo reconoció de una mirada. De inmediato fue hasta su padre, sir Héctor, y le dijo:

—¡Mirad aquí, señor! ¿No es ésta la espada que había que sacar del yunque? ¡Es claro pues que yo soy el rey legítimo de toda Bretaña!

Pero sir Héctor conocía demasiado bien a su hijo Kay, por lo que en vez de creerle volvió con él a la iglesia y allí, con la mano sobre la Biblia, le hizo jurar solemnemente decir la verdad sobre la manera en que se había hecho él con la espada.

—Mi hermano Arturo me la ha dado —respondió Kay con un suspiro resignado.

—¿Y tú? ¿Cómo conseguiste *tú* la espada? —preguntó sir Héctor a su hijo menor.

—Señor, os lo diré —respondió Arturo, temeroso de haber cometido alguna falta—: Kay me ordenó ir a por su espada, pero, al no poder traérsela, me acordé de esta otra que había visto clavada sin que a nadie sirviera en un yunque en el patio de la iglesia. Pensé que mi hermano le daría buen uso, así que se la traje.

—¿Había algún caballero guardando la espada?

—Ni uno —respondió Arturo.

—Bien. Vuelve a meter la hoja en el yunque para que veamos cómo la sacas —ordenó sir Héctor.

—Como gustéis —respondió Arturo, sorprendido por todo el alboroto que se estaba montando en torno a una espada, y la volvió a meter en el yunque.

Entonces sir Kay la cogió por la empuñadura y tiró con todas sus fuerzas. Pero, por más que forcejeó y pug-nó por moverla, no consiguió aflojarla ni el grosor de un cabello. También lo intentó sir Héctor, sin obtener mejores resultados.

—Sácala —le ordenó a Arturo.

Y Arturo, cada vez más desconcertado, cogió la espada por el pomo y la extrajo del yunque como si la sacara de una vaina⁹ bien engrasada.

—Bien entiendo ahora —dijo sir Héctor, hincándose de rodillas ante Arturo e inclinando la cabeza en señal de reverencia— que ningún otro sino vos es el rey legítimo de esta tierra.

—¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué os arrodilláis ante mí, padre mío? —exclamó Arturo.

—Es la voluntad de Dios que aquel que extraiga esta espada de la piedra y del yunque sea el legítimo rey de Bre-taña —dijo sir Héctor—. Además, aunque os amo tiernamente, no sois hijo mío, pues Merlín os trajo a mí cuando no erais más que un niño de pecho, y me encomendó que me ocupara de vos como si fuerais de mi propia sangre.

—Entonces, si es cierto que soy rey —dijo Arturo inclinando la cabeza sobre el puño en forma de cruz de la espada—, juro solemnemente dedicarme al servicio de Dios y de mi pueblo, a enmendar agravios, a combatir el mal, a traer la paz y la prosperidad a esta tierra... Buen

9. La vaina es la funda en la que se guarda la espada, atada con un cinturón a la cintura.

señor, desde que tengo memoria habéis sido un padre para mí, permaneced a mi lado con el amor y los consejos de un padre; y a vos, Kay, mi hermano adoptivo, os pido que seáis senescal¹⁰ de todas mis tierras y caballero verdadero de mi corte.

Tras lo cual fueron al arzobispo y le contaron todo lo ocurrido. Mas los barones y caballeros, llenos de envidia y rabia, se negaron a aceptar que Arturo fuera su rey legítimo. Por ello se pospuso la decisión hasta la Pascua; y tras la Pascua hasta Pentecostés, o Domingo Blanco, como se decía por aquel entonces; y aun así, aunque muchos reyes y caballeros vinieron a probar sus fuerzas, sólo Arturo fue capaz de sacar la espada del yunque.

Entonces las gentes empezaron a aclamarle: «¡Arturo! ¡Nuestro rey es Arturo! ¡Es la voluntad de Dios que sea nuestro rey! ¡Dios salve al rey Arturo!». Y se arrodillaron ante él, nobles y villanos juntos, ricos y pobres, y le pidieron merced por haberse demorado tanto en proclamarle. Y Arturo los perdonó de corazón y, arrodillándose él mismo, le entregó al arzobispo la espada maravillosa para recibir de él la alta y sagrada Orden de la Caballería. Y entonces vinieron condes y barones, caballeros y escuderos, y rindieron vasallaje a Arturo jurando servirle y obedecerle como era su deber.

Entonces el rey Arturo reunió en torno a él a todos los ejércitos de Bretaña —a la flor de los caballeros experimentados que había servido a su padre, y a los más jó-

10. Gobernador.

venes cuyo mayor anhelo era probar su lealtad y su valía— y con ellos se lanzó contra los sajones y contra los bandidos y ladrones que llevaban tantos años asolando las tierras y cometiendo todo tipo de actos de crueldad y villanía.

Pronto volvió a restablecer la paz y la seguridad en el sur de Gran Bretaña, tras lo cual instaló su capital en Camelot. Pero los demás reyes que reinaban también en la isla y sus alrededores —los reyes de Orkney y Lothian, de Gwynedd y Powys, de Gorre y Garlot— sintieron celos de ese muchacho desconocido que se hacía llamar rey de toda Bretaña, y le hicieron saber que vendrían a él con presentes, pero que sus presentes los darían con recios mandobles¹¹ de espadas afiladas entre los hombros y la cabeza.

Entonces Merlín se presentó súbitamente ante Arturo y le condujo a la ciudad de Caerleon, en el sur de Gales, a una fuerte torre bien provista para un sitio. Los reyes enemigos también fueron a Caerleon y cercaron la torre, pero no pudieron expugnarla ni matar a Arturo ni a ninguno de sus fieles seguidores.

Pasados quince días se abrió la puerta de la torre y Merlín se presentó en lo alto de la escalinata. Desde allí preguntó a los reyes y caballeros hostiles por qué venían en armas contra el rey Arturo.

—¿Por qué has hecho de ese muchacho, ese Arturo, nuestro rey? —gritaron.

11. Golpe que se da sosteniendo la espada con las dos manos.

—¡Estad en silencio y escuchad, todos vosotros! —ordenó Merlín, con lo que se hizo un gran silencio entre todos los allí reunidos, un silencio de asombro y maravilla mientras escuchaban las palabras del buen encantador.

—Os he de contar grandes cosas que aún desconocéis —comenzó el mago—. Arturo es en verdad vuestro rey, rey de pleno derecho de todas estas tierras. Sí, y aun de Gales y de Irlanda, de Escocia y de Orkney también, y de Armórica, al otro lado del mar; y de muchas otras tierras sobre las que también se ha de extender su señorío. ¡Arturo es el único y legítimo hijo del buen rey Uter Pendragón! Por mis artes sagradas tuve noticia de su nacimiento y de las venturas de su reinado. Uter fue a Tintagel bajo la apariencia de Gorlois tres horas después de la muerte de éste: de esa forma consoló a la reina Igraine y ganó su corazón para hacerla su esposa. Pero, y esto lo supe entonces por mi ciencia, su hijo Arturo, que aquí tenéis, vendría al mundo para muy grandes cosas y muy elevados destinos. Poco después de su nacimiento en la oscuridad de Tintagel, Uter, que prestaba oídos a mis consejos, me confió a su hijo. Yo lo llevé a Avalón, a la Tierra del Misterio. Y los habitantes de esa isla, a los que no conocéis, pero a los que bien podéis llamar hadas y elfos, urdieron un hechizo puro y portentoso en torno a aquel niño, una magia de increíble poder. Tres dones concedieron a Arturo: el primero, ser el mejor de todos los caballeros; el segundo, ser el rey más grande que esta tierra jamás conozca; y por último, vivir muchísimos años, muchos más de lo que nadie pueda llegar a imaginar. Es-

tas virtudes, las que corresponden a un príncipe bueno y generoso, se las concedieron a Arturo los habitantes de Avalón. Y en Avalón los herreros elfos están forjando ahora Excalibur, la espada de su derecho: la limpia y brillante hoja que sólo se ha de levantar en defensa de la justicia, que resplandecerá sobre la tierra hasta que llegue la hora en que sea reclamada de nuevo... ¡Arturo es vuestro rey! Sus dominios irán creciendo con el paso de los años: no sólo Bretaña y las islas del mar, no, ni Armórica y la Galia, sino Logres, la Tierra Bendita, el Reino de Dios sobre la tierra, que Arturo os mostrará por un breve espacio de tiempo hasta que vuelva a caer la oscuridad.

Y Merlín calló, y un gran silencio siguió a sus palabras, pues todos los allí reunidos presentían que estaban al comienzo de una época de grandes prodigios, y que Arturo era algo más que un simple rey que gobernase porque su padre hubiera sido rey, o porque fuera el más fuerte de entre todos ellos.

Arturo los observaba por detrás de Merlín, desde lo más alto de la escalinata. De repente, todos al unísono, hincaron la rodilla ante él en muestra de reverencia y juraron ser sus fieles y leales súbditos todos los días de su vida.

Entonces el arzobispo coronó a Arturo y la multitud le aclamó una vez más: y ése fue el auténtico comienzo de su reinado.

—Mañana empezaremos a juntar nuestras fuerzas —dijo el rey Arturo—, y, cuando estemos preparados,

marcharemos al norte y al este a luchar contra los sajones y a expulsarlos de Bretaña. Luego construiremos castillos y atalayas en la costa para que nunca más vuelvan a nuestra tierra. Reconstruiremos las iglesias que han destruido y erigiremos otras nuevas para mayor gloria de Dios. Nuestros caballeros recorrerán los caminos castigando a quienes estorben la paz o cometan vilezas. Y si algún hombre o mujer se encuentra en apuros, o tiene quejas o sufre ofensa alguna, que venga a mí, ya sea el más elevado de mis barones o el más humilde de mis súbditos, pues nunca se dejará de remediar su mal o de atender su cuita.

El rey Arturo celebró ese día un gran banquete en el Castillo de Caerleon, pero antes de que la fiesta hubiera terminado sucedió el primer prodigio de los muchos que habían de acontecer en la tierra maravillosa de Logres durante su reinado.

De repente se presentó en el patio, montado sobre un caballo, un joven escudero que llevaba de las bridas otro corcel en cuya silla iba atravesado el cuerpo de un caballero que acababa de ser muerto.

—¡Venganza, mi señor rey! —exclamó el escudero cuando Arturo salió del salón para enterarse de lo que sucedía—. ¡Quiero venganza! Aquí traigo a sir Miles, muerto sobre su corcel, un caballero tan esforzado y valiente como no se podrá encontrar igual sobre la tierra. En el bosque a no muchas leguas de aquí, el rey Pellinor ha plantado su pabellón junto al camino, al lado de una fuente de agua fresca, y da muerte a todos los caballeros

que aciertan a pasar por allí. Por ello os ruego deis cristiana sepultura a mi señor y que alguno de vuestros caballeros vaya a vengar esta desgracia.

Había un escudero en la corte de Arturo, de nombre Griflet, no mayor que el mismo Arturo, que se hincó entonces de rodillas ante el rey y le suplicó por los servicios que le había prestado que le hiciera caballero para poder ir a luchar con Pellinor.

—Te falta edad para semejante batalla —respondió el rey Arturo—, y tampoco tienes aún la fuerza necesaria.

—¡Aun así, señor, hacedme caballero! —suplicó Griflet.

—Mi señor —musitó Merlín al oído de Arturo—, sería una gran pena perder a Griflet, pues ha de ser hombre de valía cuando llegue a su edad, y fiel caballero vuestro toda la vida. Además, Pellinor es el hombre más fuerte del mundo de entre los que portan armas y es seguro que Griflet resultará muerto si llegan a cruzar espadas.

El rey Arturo asintió y se volvió hacia su joven escudero:

—Griflet —le dijo—, arrodíllate y te armaré caballero según tu deseo. —En cuanto concluyó la ceremonia, Arturo continuó—: Ahora, sir Griflet, ya que os he hecho caballero, me debéis un don.

—Mi señor, pedidme lo que deseéis y es vuestro —respondió Griflet.

—Prometedme entonces por vuestro honor de caballero —ordenó Arturo— que, cuando encontréis al rey

Pellinor junto a la fuente del bosque, lidiaréis solamente con lanza, a pie o a caballo, y que no lucharéis con él de ninguna otra manera.

—Así lo prometo —dijo Griflet; y a continuación montó sobre su caballo con gran rapidez, agarró su lanza, embrazó el escudo con la zurda y partió levantando una gran polvareda. Al llegar a la fuente vio un rico pabellón, y ante él un caballo ya presto y ensillado junto a un árbol en el que había apoyados una gran lanza y un escudo pintado de colores brillantes.

Sir Griflet golpeó el escudo con el cuento¹² de su lanza con tanta fuerza que aquél se vino al suelo haciendo mucho ruido. Al oír ese alboroto, el rey Pellinor salió de su pabellón; se trataba de un hombre alto y fuerte, imbuido de la fiera de un león.

—¡Señor caballero! —gritó—. ¿Por qué derribáis mi escudo?

—Señor, porque es mi deseo medir mis fuerzas con vos.

—Más os valdría no hacerlo —respondió el rey Pellinor—. No sois más que un caballero joven e inexperto, mucho menos fuerte que yo.

—Aun así lucharé contra vos —dijo Griflet.

—Bien, no es ése mi deseo —dijo el rey Pellinor mientras se ajustaba la armadura—; pero que suceda lo que tenga que suceder. ¿De quién sois caballero?

12. El cuento de una lanza es la parte opuesta a la punta. Suele estar revestido de metal y tener también forma puntiaguda.

—Señor, ¡soy de la corte del rey Arturo! —exclamó Griflet. Y con esto se apartaron a ambos extremos del camino, dieron media vuelta, bajaron las lanzas y se lanzaron el uno contra el otro a todo correr de sus caballos. La lanza de sir Griflet golpeó el escudo del rey Pellinor y se rompió en mil pedazos, pero la lanza del rey Pellinor atravesó el escudo de Griflet y se fue a partir tras hundirse profundamente en su costado, con lo que sir Griflet y su montura acabaron rodando por el suelo.

El rey Pellinor se llegó hasta sir Griflet y se inclinó sobre él, que se había quedado quieto allí donde había caído, y le quitó el yelmo.

—Bien, era un joven animoso —dijo Pellinor—. Si vive, será un caballero de proeza. —A continuación colocó a Griflet atravesado en la silla y mandó el caballo de vuelta a Camelot, sin necesidad de que nadie lo guiara.

El rey Arturo sintió gran ira cuando vio a sir Griflet tan malparado. De inmediato se puso su propia armadura, bajó la visera del casco para que nadie pudiera verle el rostro y, espada en mano, cabalgó hasta el bosque para tomar cumplida venganza del rey Pellinor.

Pero en su camino se encontró con tres bandidos que atacaban a Merlín y que parecían a punto de matarlo con sus grandes palos.

—¡Huid, rufianes! —gritó Arturo, arremetiendo furioso contra ellos; y los tres cobardes se dieron la vuelta y huyeron en cuanto vieron que los embestía un caballero.

—¡Ah, Merlín, a pesar de toda vuestra magia y sabiduría hubierais muerto de no haber acudido yo en vuestra ayuda! —dijo Arturo.

—No lo creáis —respondió Merlín, con su misteriosa sonrisa bailándole en los labios—. Podría haberme salvado fácilmente, si ése hubiera sido mi deseo. Sois vos el que va a una muerte segura, pues os guía vuestro orgullo, si Dios no lo remedia.

Pero Arturo prefirió ignorar la advertencia de Merlín y siguió adelante resueltamente hasta que llegó al rico pabellón junto a la fuente. Allí le esperaba el rey Pellinor sentado sobre su gran caballo de guerra.

—¡Señor caballero! —exclamó Arturo—. ¿Por qué estáis aquí, justando y derribando a todos los caballeros que pasan por esta fuente?

—Porque ésa es mi costumbre —respondió Pellinor con voz firme—. Y si hombre alguno desea hacerme desistir de ella, ¡que lo intente a su propia costa!

—Yo os la he de hacer cambiar —exclamó Arturo.

—Y yo he de defenderla —respondió Pellinor sin alterarse.

Entonces se apartaron un trecho para embestirse a todo correr de sus caballos, con tanta fuerza que las dos lanzas se hicieron astillas al chocar contra el escudo del rival. Entonces Arturo echó mano a la espada, pero Pellinor le dijo:

—Todavía no, crucemos lanzas otra vez.

—Con gusto lo haría —dijo Arturo—, si tuviera otra conmigo.

—Lanzas no nos han de faltar —respondió Pellinor, y le ordenó a su escudero que trajera otras dos de la tienda.

Una vez más justaron los dos reyes, y una vez más se rompieron las lanzas en pedazos sin que ninguno de los dos cayera derribado del caballo. Justaron una tercera vez, y la lanza de Arturo se quebró, mas no la del rey Pellinor, que le alcanzó con tanta fuerza en medio del escudo que caballo y caballero rodaron por tierra.

Arturo se puso en pie de un salto dominado por el furor; sacó la espada y dando grandes voces desafió a Pellinor, que echó pie a tierra y sacó su propio acero. Entonces comenzó una batalla terrible, con gran intercambio de tajos¹³ y mandobles; se acuchillaban y tajaban con saña y los trozos de escudo y armadura saltaban por todas partes. Los dos tenían tales heridas que la pisoteada hierba de delante de la tienda aparecía teñida de sangre. Descansaron un poco para en seguida volver a embestirse con gran valor, y las hojas chocaron con tal violencia que la de Arturo se rompió en dos pedazos, dejándole con el pomo inútil en la mano.

—¡Ajá, ahora estáis a mi merced! —gritó el rey Pellinor—. ¡Vuestra vida o vuestra muerte de mi voluntad dependen! Y os he de matar ciertamente a no ser que os arrodilléis y os rindáis ante mí, confesando ser un caballero menguado.

—De dos formas se afrontan estos trances —gritó Arturo ciego de vergüenza y rabia—. Una es dar la bien-

13. Un tajo es un corte que se da con la espada.

venida a la muerte cuando llega, la otra es rendirse, pero eso ¡jamás! —Y de un salto pasó por debajo de la espada de Pellinor, le cogió por la cintura y lo arrojó contra el suelo. Allí forcejearon un buen rato hasta que Pellinor, que seguía siendo el más fuerte, le arrancó el casco a Arturo y, echando mano a la espada, se dispuso a cortarle la cabeza.

Entonces apareció Merlín de repente y le puso la mano a Pellinor en el hombro.

—Caballero —le dijo—, tened vuestra mano y no descarguéis ese golpe, pues con él moriría la esperanza de Logres y precipitaríais a esta tierra de Bretaña a la mayor ruina y desolación que jamás haya conocido.

—Pues ¿quién es éste? —preguntó Pellinor.

—Éste es el rey Arturo —respondió Merlín.

Por un instante Pellinor estuvo tentado de asestar¹⁴ el golpe, pues temía que, de vivir Arturo, nunca le perdonaría. Pero Merlín sonrió con calma, y puso la mano en la cabeza a Pellinor; de inmediato toda la furia y el miedo desaparecieron de su mente: se recostó contra el árbol junto a la fuente de agua cristalina y quedó sumido en un profundo sueño.

Merlín ayudó a incorporarse al rey Arturo, que estaba muy malamente herido, y, tras subirle a su montura, le condujo a lo más espeso del bosque.

—¡Ay, Merlín! ¿Qué habéis hecho? —preguntó Arturo, que por fin se veía libre del orgullo y la arrogancia

14. Descargar el arma sobre el otro.

que tan cerca habían estado de causarle la muerte—. Con vuestra magia habéis matado a este buen caballero; preferiría perder mi reino antes de que alguien tan valiente y esforzado muriera de tal manera.

—No tengáis cuidado —respondió Merlín—. Pues todas las cosas suceden por voluntad de Dios para mayor gloria de Logres. Más posibilidades tiene él de sobrevivir que vos mismo, pues vos estáis gravemente herido mientras que él no hace sino disfrutar del sueño. Ya os advertí de la fuerza de su brazo. Éste es el rey Pellinor, que en su día os prestará grandes servicios. Y sus hijos, sir Tor y sir Lamorak, se contarán entre los más arrojados de vuestros caballeros.

Entonces Merlín llevó a Arturo a una ermita donde vivía un anciano que era un notable curandero, o sanador de heridas. En tres días Arturo recobró las fuerzas, con lo que pudo volver a cabalgar y batirse con la valentía de siempre.

—¡Ay, que me he quedado sin espada! —se lamentó Arturo mientras iban por el bosque.

—No tengáis cuidado —respondió Merlín—. La espada que habéis perdido carecía de mayor mérito y ya sirvió para su propósito. Mas no lejos de aquí os espera vuestro propio acero: los duendes de Avalón la han forjado sólo para vos, y a vos os está destinada hasta que la devolváis poco antes de ir allá vos mismo. Su nombre es Excalibur y nadie puede resistir sus golpes; con ella traéis paz y libertad a la tierra de Logres. Ha llegado la hora señalada para que Excalibur llegue a vuestras ma-

nos, pues ahora sostendréis su pomo con total humildad, y en adelante la desenvainaréis únicamente para defender la causa de la justicia.

Se internaban cada vez más en las profundidades del bosque. Al cabo de poco tiempo el terreno empezó a elevarse a ambos lados de su ruta, hasta que se encontraron recorriendo un estrecho valle que serpenteaba entre los montes sombríos. Por fin llegaron a un pasaje estrecho entre las rocas y, más allá, en el centro de un anillo de montañas, Arturo advirtió un extraño lago. Estaba rodeado de colinas oscuras y desoladas, pero sus aguas eran del más claro y luminoso color azul, y sus orillas estaban cubiertas por una densa alfombra verde cuajada de millones de flores. Al otro lado del lago las montañas se abrían a una gran llanura, y al fondo se veía más agua, medio oculta por jirones de niebla y salpicada por multitud de islas.

—Éste es el Lago del Palacio de las Hadas —explicó Merlín—. Al otro lado del lago, más allá de los collados de las cumbres más alejadas, está la llanura de Camlann, donde se librará la última batalla, y donde vos habéis de caer bajo el golpe del Caballero del Mal. Y más allá aún se encuentra Avalón, escondida entre las brumas y rodeada por las aguas misteriosas... Bajad ahora a encontraros con la Dama del Lago, que yo he de quedar aquí, aguardándoos.

Arturo confió su caballo a Merlín y descendió por el empinado sendero que llevaba al borde de la laguna mágica. De pie junto a la orilla dirigió su mirada sobre las

quietas aguas azules, y allí, justo en el centro del lago, advirtió una mano y un brazo vestido de brocado¹⁵ blanco. Y la mano sujetaba por encima del agua una espada maravillosa, de empuñadura de oro y riquísima pedrería, y un cinturón y una vaina incrustados de joyas extrañas.

Y también vio a una hermosa doncella que llevaba un vestido de pálida seda azul ceñido con un cinturón dorado, que se le acercó caminando sobre las aguas hasta que llegó junto a él en la orilla.

—Yo soy la Dama del Lago —dijo— y vengo a deciros que vuestra espada Excalibur os aguarda. ¿Deseáis tomar esa espada y ceñírosla al costado?

—Doncella —dijo Arturo—, ése es en verdad mi deseo.

—Largo tiempo hace que guardo este acero —dijo la Dama del Lago—. Prometed ahora otorgarme un don cuando vaya a solicitároslo y Excalibur será vuestra.

—Por mi fe —respondió Arturo—, juro concederos cualquier cosa que me pidáis.

—Si es así, subid a esta barca —dijo la Dama del Lago. Y Arturo vio una barcaza flotando ante él, y subió a ella. La Dama del Lago se quedó atrás, en la orilla, mas la barca surcó mansamente las aguas tranquilas como si manos invisibles jalaran de la quilla, hasta que Arturo llegó junto al brazo cubierto de seda blanca. Inclínándose, Arturo tomó la espada y la vaina, y de inmediato la

15. Tela de seda tejida con oro o plata.

mano y el brazo se hundieron sin ruido bajo las aguas quietas.

Entonces la barca devolvió a Arturo a la orilla donde había quedado la Dama del Lago, pero ella también había desaparecido. Arturo ató la barca a una raíz que se curvaba sobre las aguas y remontó alegre y ligero la empinada cuesta que llevaba al paso entre las montañas, y mientras subía se iba ciñendo Excalibur al costado.

Merlín le esperaba con las monturas. Se metieron por la floresta recorriendo sus sinuosos senderos hasta llegar cerca del río que corría entre el bosque y Caerleon, y por fin alcanzaron el camino recto y empedrado que llevaba a la ciudad.

—En poco tiempo —dijo Merlín— nos encontraremos con el rey Pellinor que vendrá en dirección contraria a la nuestra. Ya ha dejado de desafiar a todo aquel que pasa por el bosque, pues ha visto una Bestia Aulladora que ahora tendrá que seguir durante muchos años.

—Entonces combatiré con él de nuevo —gritó Arturo—. ¡Pues ya que tengo a Excalibur conmigo lucharé con él y le venceré fácilmente!

Merlín negó con la cabeza.

—Dejadle pasar —dijo—; ése es mi consejo. Es un caballero valiente y esforzado, y en los días por venir os prestará grandes servicios: él y sus hijos estarán entre los más arrojados caballeros de vuestra corte.

—Haré lo que me aconsejáis —dijo Arturo, aunque con la vista puesta en Excalibur lanzó un suspiro.

—¿Qué os place más, la espada o la vaina? —preguntó Merlín.

—¡La espada! —respondió sin vacilar Arturo.

—Demostráis no ser sabio —dijo Merlín gravemente—. La funda vale diez veces más que la espada, ya que mientras la llevéis puesta nunca perderéis mucha sangre, sin importar la gravedad de vuestras heridas. Guardad bien esa funda, y cuidadla bien tras mi partida, pues una mujer malvada, vuestra pariente cercana, intentará robarnos ambas, la espada y la vaina.

Siguieron cabalgando y al cabo se encontraron con el rey Pellinor, que pasó a su lado como si no los hubiera visto.

—Me extraña que no nos haya hablado —dijo Arturo.

—No ha reparado en vos —respondió Merlín—, pues mi magia seguía actuando sobre él; pero, si vuestro orgullo os hubiera llevado a detenerle, entonces bien que os habría visto.

No tardaron en llegar a Caerleon, donde sus caballeros le dieron gozosos la bienvenida. Cuando oyeron sus aventuras, se maravillaron de que se hubiera enfrentado a semejantes peligros él solo. Pero los más nobles y valientes de entre ellos se regocijaron en extremo por tener semejante rey: capaz de arriesgar la vida en alguna aventura singular igual que hacían los demás caballeros.